

PREFACIO

Uno de los retos mayores que la humanidad debe afrontar en los umbrales del nuevo milenio es superar el conflicto aparente entre ciencia y religión para alcanzar un nuevo estadio de diálogo fructífero y de colaboración entre ambas. Para conseguirlo, es vital buscar una base común a la ciencia y la religión, y examinar cómo pueden complementarse mutuamente en bien de toda la humanidad. Como el Papa Juan Pablo II lo ha expresado, una de las tareas principales de la cultura en nuestro tiempo es «integrar el conocimiento, en el sentido de una *síntesis* en la cual el conjunto impresionante del conocimiento científico pueda encontrar su significado dentro del marco de una visión integral del hombre y de su universo, o sea, del *ordo rerum*»¹.

La religión y la ciencia se relacionan mutuamente como dos componentes muy diferentes, pero muy importantes, de nuestra cultura. Cada una ha tenido y continuará teniendo un impacto decisivo en el desarrollo de la civilización humana. En el contexto presente, para favorecer la causa de un mundo más humano y pacífico, se requiere un empeño más fuerte hacia la unidad. Sin embargo, unidad no es homogeneidad: tanto la religión como la ciencia deben preservar su autonomía y rasgos distintivos. Lo que es deseable no es la identidad, sino un tipo de unidad basado en un intercambio constructivo y dinámico que respete la diversidad y la integridad de cada elemento individual².

1. Papa JUAN PABLO II, «Discurso al mundo suizo de la cultura, la ciencia y el arte en la Universidad de Fribourg», 13 de junio de 1984, n.º 4: *L'Osservatore Romano. English Weekly Edition*, N. 27 (841), 2 July 1984, p. 3. [*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VII, 1 (1984), p. 1707].

2. Cfr. ídem, «Mensaje al Reverendo George V. Coyne, S.J., Director del Observatorio Vaticano», 1 de junio de 1988, en Robert J. RUSSELL, William R. STOEGER y George V. COYNE (eds.), *Physics, Philosophy, and Theology: A Common Quest for Understanding*, Vatican Observatory (distribuido por University of Notre Dame Press), Vatican City State, 1988, pp. M1-M14.

Afortunadamente, el diálogo entre ciencia y religión encuentra hoy día un contexto cultural que puede ser considerado favorable en muchos aspectos. El mito cultural de una presunta contradicción entre las cosmovisiones científica y religiosa se está desvaneciendo en la actualidad. Tal como ha advertido Vaclav Havel, Presidente de la República Checa, nos estamos haciendo gradualmente más conscientes del hecho de que a la «fe» de la modernidad — caracterizada por una relación puramente científica con el mundo— le falta algo que es esencial para alcanzar el aspecto más interno de la realidad y para llegar a ser una fuente de integración y de significado. Vivimos en un contexto de crisis del paradigma cultural. La ciencia está adquiriendo cada vez mayor conciencia de sus propios límites y de la necesidad de una fundamentación, pero, al mismo tiempo, desafía a la religión, pidiéndole más rigor intelectual en la presentación de su mensaje espiritual. Este reto es una llamada saludable a una mayor seriedad por parte de la religión. De este modo, ciencia y religión son llamadas a una seria reflexión filosófica y epistemológica, y a construir puentes sólidos que permitan una escucha y un enriquecimiento mutuos³.

El servicio a la verdad que caracteriza a la ciencia es completamente compatible con el servicio a la Verdad que caracteriza a la religión. La autonomía conquistada por la ciencia en la cultura moderna se encuentra enteramente justificada por las exigencias del método experimental. Pero esta autonomía tiene una razón para su existencia — la búsqueda de la verdad. Y una finalidad — el servicio a la humanidad. De este modo, la ciencia puede encontrarse próxima a otros caminos para aproximarse a la verdad, y, más específicamente, a aquellos que buscan la verdad del significado de la vida humana. Para la ciencia sin religión sería muy difícil permanecer fiel a su propio compromiso en favor de la humanidad, porque fácilmente sería reducida a un conjunto de teorías que sólo serían apreciadas por su funcionalidad utilitaria.

En este sentido, deseo recordar unas palabras del Papa Pablo VI. Era el año 1963. Pablo VI, que acababa de ser elegido Papa, recibió por vez primera a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias. Yo me encontraba presente como joven colaborador del Pontífice. El Papa explicó que se sentía «animado por la certeza de que nuestra religión no sólo no plantea ninguna objeción al estudio de las verdades naturales, sino que... puede promover la investigación científica, honrar sus resultados y ayudar a que se usen mejor en bien de la humanidad». Y continuó diciendo:

La religión que tenemos la dicha de profesar es, de hecho, la ciencia suprema de la vida. Es así el mentor más alto y benefactor en todos los do-

3. Cfr. Giovanni Battista MARINI-BETTÓLO MARCONI y Paul POUPARD (eds.), Encuentro científico sobre: *Science in the Context of Human Culture II. September 30 — October 4, 1991*, «Pontificiae Academiae Scientiarum Scripta Varia», Pontificia Academia Scientiarum— Pierre Téqui, Vatican City, 1997.

minios donde se manifiesta la vida. Podría parecer ausente cuando no sólo permite, sino que dirige al científico a obedecer sólo a las leyes de la verdad. Pero considerándolo más de cerca, se verá que todavía se encuentra a su lado, animándole en su difícil tarea de exploración, asegurándole que la verdad existe, que es inteligible, espléndida, divina; y recordándole también a cada paso que el pensamiento es un instrumento para conquistar la verdad y que debería ser utilizado con tal respeto hacia sus propias leyes que uno sienta continuamente la responsabilidad trascendental que impone⁴.

La religión podría parecer estar ausente de la ciencia, pero no lo está. Precisamente con este espíritu, Mariano Artigas aborda en este libro el reto de construir una conexión viable, un «puente» entre la ciencia experimental y la religión en general. Se trata de una tarea que no es fácil, especialmente si se ha de respetar meticulosamente el carácter específico de ambos campos y el desfase metodológico que garantiza su autonomía mutua. Por este motivo, en su trabajo Artigas se centra en los supuestos de la ciencia y en las implicaciones del progreso científico, mostrando la profunda coherencia de este tipo de reflexión filosófica con una perspectiva metafísica y religiosa en la cual la actividad divina y la espiritualidad humana proporcionan el sentido más profundo a la empresa científica.

La reflexión de Artigas es de naturaleza filosófica, pero no toma como punto de partida los principios de la metafísica. Más bien se centra en algunos estados de cosas que deberían ser considerados como supuestos de la ciencia porque son sus condiciones necesarias: la inteligibilidad de la naturaleza, la capacidad humana para conocer el orden natural, y los valores implicados en la actividad científica. Completa su estudio reflexionando sobre la conexión de esos supuestos generales con los logros del progreso científico. En efecto, el hecho de que la ciencia funcione, y de que funcione tan bien, debe tener implicaciones profundas para nuestra comprensión y valoración de las condiciones ontológicas, epistemológicas y éticas que hacen posible la ciencia.

Los supuestos de la ciencia examinados en *La mente del universo* podrían parecer, para una mirada ingenua, triviales y no merecedores de un estudio serio; sin embargo, la reflexión filosófica y teológica sobre ellos no es, en absoluto, un asunto trivial. El análisis de Artigas se encuentra marcado por su sencillez y honestidad, pero ciertamente no es superficial. De hecho, consigue construir un puente filosófico que sirve para fundamentar, sobre una base sólida, un diálogo

4. Papa PABLO VI, «Discurso a la sesión plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias», 13 de octubre de 1963: *Discourses of the Popes from Pius XI to John Paul II to the Pontifical Academy of Sciences: 1936-1986*, versión inglesa editada por Fr. Paul HAFFNER, «Pontificiae Academiae Scientiarum Scripta Varia» 66, Pontificia Academia Scientiarum, Vatican City 1986, p. 114.

genuino entre ciencia y religión. Considerando la novedad de su perspectiva, su valor intrínseco, y la fecundidad de las perspectivas que abre para el lector, *La mente del universo* puede considerarse no sólo una contribución destacada, sino también un avance importante en el área del diálogo contemporáneo entre fe y ciencia.

CARDENAL PAUL POUPARD

Presidente del Consejo Pontificio para la Cultura